

LA VOZ DE LA CONCIENCIA EUROPEA (*)

POR

ABELARDO LOBATO, O. P.

La conciencia va con el hombre, le acompaña en su camino, le sigue, le persigue. Es testigo y es juez. Aplau­de y denuncia. Como el perro fiel y el perro guardián, halaga y muerde. Tan dentro está del hombre que la advertimos en todos los estratos humanos y en todas sus dimensiones. No se puede reducir a una mera adquisición que nos viene de fuera, como mero producto social, no la podemos desligar del hombre concreto para transformarla en una realidad que nos trasciende. Ha habido intentos de todo, porque la conciencia participa del misterio del hombre. La conciencia humana brota de la realidad total del hombre, radica en su dimensión espiritual, participa de su condición de ser inteligente. Es la propiedad que tiene el hombre para advertir lo que le acontece. Es una cierta vuelta sobre sí mismo para conocer y juzgar lo que hace y lo que es. Por ello la conciencia no sólo sigue al hombre, en cierto modo es el hombre. Los gra-

(*) *Nota Bene.*—El presente ensayo cita abundantes textos de dos discursos sobre Europa, uno del Papa y otro del rey de España. El lector que desee recurrir, para mayor información, a esas fuentes del trabajo, puede ver el texto en las siguientes ediciones:

Juan Pablo II en España, Madrid, BAC, 1982, págs. 183-188: «La renovación espiritual y humana de Europa». Discurso del acto europeísta en la Catedral de Santiago.

Allocution de S. A. R. Juan Carlos I Roi d'Espagne, Actas del Parlamento europeo, 14 de mayo de 1986, págs. 146-150.

Para una aproximación a la idea y concepto actual de Europa, con selección de textos y abundante bibliografía, cfr. L. MISTRORIGO, *L'idea d'Europa. Storia, evoluzione, attualità*, Citta Nuova Editrice, 1982.

dos de conciencia psíquica, moral o trascendente, nos dan los grados de madurez del hombre concreto, nos indican su estructura interior, delatan su personalidad. El hombre es como un árbol, pero con las raíces hacia arriba, al decir de Aristóteles al principio de su libro sobre el alma. En la medida que esas raíces penetran en el interior, hacen madurar la personalidad y la conciencia. Y en esa medida el hombre se descubre a sí mismo, se encuentra consigo, desvela su propio misterio. Esta es la gran tarea del hombre, de cada hombre y de los hombres como comunidad que se despliega en la historia. *El concóctete a ti mismo*, que Sócrates leyó en el templo de Delfos, y tomó como norma de su propio camino, ha sido el despertar de la cultura de occidente y sigue siendo norma válida para el crecimiento cultural.

Debido a múltiples factores coyunturales, hoy se percibe un nuevo renacer de la conciencia europea en esta porción de Occidente que, no sin cierta ironía, Nietzsche designaba como «apéndice de Asia». Primero se forjó Europa. Luego Europa tomó conciencia de sí misma. Más tarde Europa sufre un proceso de atomización disolvente. No es fácil tejer todo el proceso de estas tres etapas que ya comprenden cerca de los tres milenios de historia. Sin duda la fase más lenta, laboriosa y con valor perenne es la primera, la que lleva a la constitución y a la unidad, la que parte de la geografía y alcanza las cimas de los valores del espíritu. Posiblemente la segunda no da síntomas claros hasta Machiavelli. La tercera, polivalente y disgregadora, ha venido con la modernidad, con la constitución de las diversas naciones que pugnan por la hegemonía. Ese proceso ha llegado al paroxismo en el siglo xx, cuando en el corto período de los primeros cincuenta años, Europa ha sido escenario horripilante de las mayores tragedias de la humanidad, de dos guerras mundiales. Y sólo después, doliente y pulverizada, ha sido capaz de la vuelta sobre sí misma, de oír la voz de la conciencia que reclama la unidad y pide rehacer a Europa. Esa voz resuena cada día más poderosa.

Si estamos atentos a los signos de los tiempos, como pedía con insistencia Juan XXIII, advertimos con gozo los anhelos convergentes en busca de una Europa nueva, fiel a su tradición. Sur-

gen las instituciones europeas en el terreno económico, como base, y se extienden al terreno político como cauce. Tienen que llegar al terreno cultural y al espiritual para lograr la meta. Los ojos y el corazón de muchos se vuelven ahora, desde la base ya puesta, hacia ese horizonte espiritual, recordando lo que significó Europa en el concierto de los pueblos y se proyecta con ilusión al futuro de este continente en una nueva etapa de su andadura histórica. Europa tiene un destino configurado por su misma estructura secular: el de ir delante en el camino de la humanidad y en la conquista de los valores espirituales, desde los cuales el hombre realiza su propia existencia en plenitud. Hay muchos que se interrogan sobre el futuro de Europa y lo hacen desde esa memoria del pasado. Conscientes de que la marcha de la libertad en la historia no se hace desde el juego del azar, ni desde un destino ciego, sino desde la percepción de los valores y el compromiso por su conquista, la nueva conciencia está pidiendo un esfuerzo para asumir la propia identidad. El hombre europeo se hace en la fidelidad creativa, desde el sustrato de una tradición de valores vigentes. El hombre europeo se interroga hoy cómo rehacer Europa.

En cada etapa de la historia el ser humano se realiza como proyecto, desde una base que estima ya solidificada. El hombre necesita ir hacia adelante. Memoria y proyecto se completan como los dos polos de un mismo proceso. En la hora actual la proyección más acusada de la cultura delata una característica, típica del ser personal. Quizá se debe a que estamos en la hora de la emergencia de la persona y todo se viste con el esplendor que brota de ella. Esta noticia típica es la proyección en un doble sentido, que a quienes no saben leer en profundidad resulta contradictorio: se busca con pasión lo concreto y se aspira con ilusión hacia la totalidad. Lo concreto se verifica en la existencia, en el *aquí* y el *ahora*. La totalidad tiende a no olvidar ninguna de las dimensiones del ser humano, a implicar de algún modo a todos los hombres, a tener presente a *todo el mundo*. Ambas notas tienen ahora vigencia. Están en auge con características que nunca tuvieron. Y lo están de modo simultáneo. Los hom-

bres de hoy tienen un sentido agudo de la existencia, de lo local, de la región, de la fugacidad del momento. Pero sienten al mismo tiempo el hambre de lo universal, de lo humano en su totalidad. Hay una presencia del hombre al hombre como no la hubo en las épocas anteriores de la historia. La dialéctica de estos opuestos crea en buena medida los grandes conflictos de nuestro tiempo en todos los niveles, sobre todo de tipo social, que están más a la vista.

Quizá todo ello es una proyección de la condición inalienable del ser personal. Porque éste se realiza en la existencia concreta, es lo más autónomo que hay en el mundo, todo él constituido por seres singulares, y se despliega en la historia como un camino de libertad y liberación frente a los demás, nunca logrado del todo, y al mismo tiempo vive en encuentro con el otro, en la trascendencia, en la forja de unidad por encima de todas las divisiones. Todo hombre tiene una vocación personal. Pero sólo la realiza en la comunión con otras personas, en la sociedad y en la comunidad. Estos dos aspectos son complementarios, más que opuestos. El espacio y el tiempo son nuestra cuarta dimensión, nuestro envolvente vital. El hombre actual descubre el valor de la propia región, como quien vuelve a su hogar desde un país lejano. El hombre ha sido siempre un ser implantado. Tiene padres y tiene patria. Junto a lo biológico y lo familiar, todo lo que implica las raíces culturales: un pasado, una historia, un modo de ser que no se confunde con los demás. La conciencia de Europa brota pujante en este contexto, que se advierte a niveles más concretos en todos los países. Europa es una región en el concierto del mundo social y cultural. Está más acá de Asia, es Occidente. Está más acá de América, en esta orilla del Atlántico. La proximidad del V Centenario del descubrimiento y encuentro con América hace ya en estos años preparatorios el efecto de una sacudida de conciencia, plantea el interrogante sobre la propia identidad de un modo mucho más agudo que lo han hecho en el pasado. Este encuentro de pueblos y culturas no tiene par en la historia. Fue el encuentro con la totalidad del mundo del hombre. Sólo entonces tuvo sentido la pregunta radical por el hom-

bre, por el sentido de la humana existencia en la tierra, por la esencia del ser humano. Surgió una nueva conciencia. Su voz de denuncia profética de cuanto acontecía en los primeros años, entre la sorpresa y la indignación, resonaba desde la primera comunidad de dominicos en La Española, por boca de Montesinos. Los indios eran hombres y podían ser cristianos. América no se ofrecía como tierra de conquista sino de encuentro y de evangelización. Esa conciencia anticipadora de la universalidad y de la superación de las diferencias no ha crecido homogéneamente en todos los lugares. El hombre, dejado a sí mismo, es capaz de acallar la voz de la conciencia y de ser seducido por la del egoísmo. Pero la conciencia que se torna autoconciencia tiene que responder a sus interrogantes y está llamada a dejarse guiar por valores que la trascienden. En nuestra hora el mundo ha resultado más grande de lo que se sospechaba entonces. La necesidad de comunicación entre los hombres, la estructura actual de la cultura técnico-científica traspasa todas las barreras. El aislamiento ya es imposible y cuando es querido se torna suicida. La vida en todos sus niveles se torna relación, comunión. Pasamos de la era terrestre y espacial a la era planetaria, por más que el hombre es un ser configurado para vivir en el planeta tierra. Pero mientras tiene sus pies en la tierra, sus ojos y sus manos se extienden por toda ella, necesita la presencia de la totalidad y su cabeza se alza por encima del orbe y de las nubes que lo envuelven. Y en este contexto de totalidad adquiere pleno sentido la nueva conciencia regional de Europa. El ser europeo tiene exigencias de radicar localmente en este suelo, se sabe relativo a los demás pueblos de oriente y occidente, distinto del africano y del australiano, que emergen en la historia con posterioridad. Pero se sabe también llamado a entrar en relación con ellos, desde su propia identidad, y ya no por vía de conquista, ni de colonización, como hizo en el pasado, sino por vía de proyección cultural. La coincidencia regional de Europa puede tener en este momento un factor cultural de temor. Hay un miedo a ser devorados por otros pueblos. Europa puede ser aplastada por la bota del conquistador de oriente o de occidente. De hecho ya ha sido en cierto modo

descuartizada en su provecho. El miedo es pasión humana que invita a la huida ante el peligro. Al tomar una cierta distancia de un oriente masivo, de un accidente oprésor, Europa se puede encontrar consigo misma.

Ninguna región de la tierra, ningún continente puede arrogarse la hegemonía sobre las demás. Ninguna nación se convierte de modo permanente en el centro de la historia, o en el ombligo del mundo. Pero una región puede emerger sobre las demás, como lo hacen los hombres eminentes, al estilo como Saúl emergía por encima de todos los de su pueblo, en la medida en que conquista los valores que realizan al hombre y a los pueblos. Hoy tendemos a considerar homogéneas todas las culturas. Hay un exceso de horizontalismo y una daltonía permanente para los valores de la trascendencia. Donde está el espíritu, allí está la diferencia y está la libertad, en constante pugna con la igualdad matemática. Y aquí está la comprensión del destino de Europa. Yo creo que este destino está ligado al destino del hombre. Y lo está por su mismo peso en el pasado de la historia. Por lo que ya tiene logrado de perfil la propia personalidad entre los continentes. En Europa se juega hoy, y en el futuro, la causa del humanismo de un modo mucho más agudo que en otros continentes. Por su mismo pasado, que nadie le puede arrebatar, Europa se erige en frontera de lo humano. Europa es, en buena medida, la patria de la libertad, con sus riesgos y sus tragedias. Europa, a diferencia de los demás continentes, no puede reducirse a mera geografía. Es, en primer lugar, unidad cultural, historia de pueblos unidos en el afán de modelar lo humano en sus diversas facetas. Si Europa se interroga hoy, desde la profunda voz de su conciencia por el destino, se interroga ante todo por la causa del hombre, por el destino de la libertad, por el futuro de la humanidad. Europa está llamada desde esa voz a ir por delante, a ser ella misma, a conquistar de nuevo su autonomía.

La conciencia colectiva resuena a través de la voz autorizada de algunas personas. La Europa actual no sólo ha sido capaz de crear instituciones que van por delante en este camino de la unidad y de la forja del futuro, desde las bases sólidas de coopera-

ción y armonía entre los pueblos, sino que ha producido una larga serie de grandes pensadores y de hombres de acción que han vivido para esta causa. Yo quiero recoger aquí la voz de esa conciencia que ya ha resonado con dimensión universal. El actual pontífice Juan Pablo II, el actual rey de España, Juan Carlos I, han actuado en múltiples ocasiones como profetas de esta gran causa de Europa. Hay dos discursos que merecen atención especial, como reflejo de la nueva conciencia que trata de rehacer Europa, de abrirle su propio camino en el concierto de los pueblos. Ambos discursos son de nuestra hora, llevan gran peso cultural y tienen un desarrollo análogo. Juan Pablo II tuvo uno de sus más acertados discursos sobre este tema en la visita a España, cuando ya estaba llegando al final de su recorrido apostólico, en la catedral de Santiago de Compostela, el 9 de noviembre de 1982. Fue un discurso pronunciado en España para que resonara en toda Europa. Todo él es como una reflexión cultural y cristiana en torno a lo que ha sido y debe ser Europa, una invitación a rehacer Europa, a trabajar de nuevo en su construcción desde los fundamentos, porque ahora es posible y estamos todos necesitados de un retorno a las fuentes. A cuatro años de distancia, el rey Juan Carlos ha expresado su perspectiva de Europa en un discurso ante el Parlamento Europeo, en Estrasburgo. El rey de España hablaba por vez primera ante este Parlamento en una solemne sesión con motivo de su visita, el 14 de mayo de 1986, a la hora del mediodía. Fue un discurso desde la visión cultural y política de la Europa del futuro, una amplia visión propiciada en España a la hora de su ingreso en el Mercado Común Europeo. Son dos discursos desde una conciencia común.

Ambos discursos pueden decirse ejemplares en su género. Es sorprendente esa coincidencia de fondo, el peso doctrinal subyacente, la armonía de los conceptos expresados. Ambos pueden tomarse como la voz de la conciencia actual más clara en torno a Europa, en torno a la esencia y al futuro de Europa. En medio de las diferencias peculiares, típicas de quien habla y de las circunstancias que rodean su discurso, yo encuentro no menos de

siete rasgos de coincidencia en el discurso del Papa y el del rey en torno a Europa. Hay en ambos *gran confianza en el destino de Europa*, clara conciencia de su *historia singular*; ambos llegan a percibir lo que designan como *alma de Europa*; ambos denuncian lo que denominan *la crisis actual* que sacude sus mismos cimientos y la necesidad de superarla. Apoyados ambos en los cimientos que dieron solidez a la Europa del pasado, confían que es posible *retomar su propio camino* y volver a ser faro y guía de los pueblos. Para ello es preciso que las diversas naciones que la componen y la unidad superior de todas ellas se decidan por la opción del propio destino. La voz del Papa se alza como *invitación* para esta gran empresa en pro de la humanidad. Desde la perspectiva hispana y desde la fundamentación cristiana Europa debe asumir *ciertos rasgos* que constituyen elementos esenciales del ser europeo. Hay en estos discursos un canto a Europa. Es cada uno de ellos un elogio al ser europeo. Juntos forman una sonata a dúo. Para percibir toda la riqueza de pensamiento de ambos será menester seguirlos punto por punto. Aquí no hacemos una glosa completa. Para nuestro proyecto de percibir la voz de la conciencia actual de Europa, que está expresada en ambos, nos basta seguir, al menos, con indicaciones de sus frases, cada uno de esos siete puntos indicados. Ese recorrido nos hace oír la voz de la conciencia vigilante en torno a Europa y su destino y nos ayuda a hacer una reflexión concluyente.

1. El destino.

La ciudad de Santiago, la cercanía al sepulcro del apóstol da al Papa una perspectiva singular para la evocación de lo que ha sido la lenta forja de la Europa cristiana, sobre todo en la fecunda Edad Media. Santiago, como Roma y Jerusalén, ha sido durante siglos una meta soñada para los peregrinos europeos, un centro de confluencia de la fe y de los pueblos. El camino de Santiago está constelado de obras culturales realizadas en común, es como una Vía Láctea cultural a través de las regiones españolas. El *finis terrae* se convierte en el centro, en el lugar de en-

cuentro donde todo se renueva. «Europa entera se ha encontrado a sí misma alrededor de la "memoria" de Santiago en los mismos siglos en que ella se edificaba como continente homogéneo y unido espiritualmente. Los cristianos han hecho posible la unión de pueblos y culturas. La fe era elemento común, aglutinante de lo diverso. Europa ha madurado y adquirido su identidad cristiana peregrinando». «La identidad europea es incomprendible sin el cristianismo; y en él se hallan las raíces comunes, de las que ha madurado la civilización del continente». El destino de Europa será volver a ponerse en camino de unidad desde los elementos en los que se ha forjado.

Juan Carlos I, por su parte, hablando en Estrasburgo, tiene en cuenta la contribución de esa ciudad en la forja de Europa. Fue, en efecto, «crisol fecundo de culturas y una encrucijada permanente de la historia». Si el pasado ha tenido su peso, lo tiene mayor aún el presente. Porque ahora estamos en el momento de las realidades. En ese lugar se ha verificado «el proceso de construcción de la Unión Europea, pues en esta ciudad se asentó el Consejo de Europa como primera piedra de tan atrevida empresa». El aula del Palacio de Europa, repleta a tope en aquella ocasión, abrazaba con el gesto simbólico de sus columnas, prolongadas en la bóveda, a toda la Europa política allí congregada, mientras el rey tejía el discurso de la unidad europea.

El Papa y el rey han mostrado una gran confianza en el destino de Europa. Este viejo continente es una realidad actualizada llena de promesas. Tiene ya conquistada una cierta unificación por encima de la diversidad de pueblos y culturas. Tiene una conciencia común. Toda diversidad disolvente debe ser unificada en un gran proyecto comunitario.

2. La lección de la historia.

Desde Cicerón repetimos que la historia es *maestra de vida*. Y esto se verifica en todos los niveles. La actualidad europea tiene que aprender la lección unificadora que se desprende del

proceso de forja que ha vivido Europa en el pasado. Pueblos y culturas diferentes han contribuido, cada uno a su manera y conforme a los valores que proponía, a esta realidad distinta común a todos. Iniciaron el proceso los griegos, que atisbaron más allá del mito y la geografía, lo que podría ser una patria de la libertad humana. Y desde ese primer proyecto se fueron sumando otros pueblos bien distintos, con un perfil cultural que no se ha borrado todavía: latinos, germanos, celtas, eslavos. Es un problema comprobar cómo ha contribuido cada uno a la formación del núcleo común. Europa ha nacido en la diversidad y la riqueza múltiple de aportaciones diferentes. El fermento cristiano ha servido de impulsor de la unidad en todo momento. «La historia de la formación de las naciones europeas va a la par con su evangelización, hasta el punto que las fronteras europeas coinciden con las de penetración del evangelio». Así piensa Juan Pablo II. Y a su mente vienen, en larga teoría, los nombres y los rostros de hombres y mujeres excelentes que entregaron su vida por esta causa de la unidad de Europa. Emergen algunos pioneros que han ido por delante. Los proto-padres vinieron del oriente, de las orillas orientales del *Mare Nostrum*. Desde allí vino Pedro a Roma, desde allí zarpó Pablo. Y ambos pusieron con su palabra y su obra de evangelización un fundamento para lo que más tarde sería Europa, y era entonces un Imperio. Europa nace de las ruinas de ese gran imperio. Para Juan Pablo II hay que reconocer tres hombres que han forjado Europa y hoy pueden ser llamados sus padres. Uno es Benito de Nursia, «patriarca de occidente» y pedagogo de los pueblos latinos. Los otros dos son los «hermanos griegos», Cirilo y Metodio, los apóstoles de los pueblos eslavos. Europa fue educada por estos hombres singulares que realizaron una gran tarea de inculturación. De ellos aprendieron los primeros europeos el valor del trabajo unido a la oración —*ora et labora*, era el lema de San Benito—, con ellos maduró la cultura en sus diversos elementos: la lengua, la escritura, el código de valores, el sentido de la existencia, la dignidad humana. De ellos recibieron la fe cristiana.

La Europa de Occidente, primero, y la de Oriente después,

hunde sus raíces en la evangelización, en la fe en Jesucristo como salvador del hombre, que revela a los hombres el doble misterio, el de Dios y el del Hombre. Europa se forja a sí misma desde esos principios, por los caminos nuevos de la libertad y de la gracia.

La Europa espléndida de la Edad Media se funde con la *christianitas*, heredera y superadora por asimilación de la *romanitas* y de la *graecitas*. Para Juan Pablo II la historia de Europa no se puede entender sin estas bases constitutivas, sin estos hombres-clave, desde los cuales ha comenzado su propio camino en el espacio y en el tiempo, y ha recorrido su propia aventura. Pero los orígenes son decisivos.

El rey Juan Carlos atiende con preferencia a la historia en marcha, «al aspecto institucional de la construcción europea». En Europa importa menos que en otros continentes la geografía. Porque desde tiempos remotos «Europa deja de ser una mera noción geográfica para convertirse en cuna de civilización». Estamos en el momento renovador. Y también ahora la providencia desvela los destinos de Europa a través de la obra concreta de algunos hombres singulares. El rey no puede menos de evocar algunos de ellos. «Los nombres de Schuman, Spaak, Monnet, De Gasperi, Adenauer y tantos otros están grabados con trazos imborrables en nuestro acervo común». Hay, entre ellos, también españoles. «Es obligado recordar, asimismo, al gran español europeo y universal, Salvador de Madariaga, cuya larga vida e inmensa obra estuvieron siempre comprometidas con el ideal de la construcción europea». De cada uno de los nombrados hay espléndidos bustos en bronce en el corredor que circunda el aula del Parlamento. De seguro que esos bustos, si hay en ellos algo del gran aliento europeo de los hombres que representan, ovacionaron también, estremecidos, las palabras del rey, con mayor fervor que los mismos parlamentarios, quienes lo hacían puestos en pie.

3. El alma de Europa.

El gran problema de la forja y de la vida de Europa ha sido siempre el de la unidad. Tenía que ser así, porque Europa es una pluralidad de muchos niveles, y su unidad será siempre unidad en proceso, aspiración a la unidad desde la diversidad. La unidad va con el ser, es condición de la vida en todas sus manifestaciones, es imperativo de todo lo humano. La unidad de lo múltiple requiere un elemento unificante. Aristóteles llamaba *forma* al principio unificador. En los seres vivientes la forma es vivificante, es *alma* porque anima. La posible unidad de Europa, en cuya realidad confluyen regiones, pueblos, culturas, está en función del principio unificador, del alma europea.

Para Juan Pablo II Europa tiene unidad y cohesión, tiene alma. «Sí, Europa es una. Y puede serlo sólo con el debido respeto a todas las diferencias, incluidas las de los diversos problemas políticos».

Juan Carlos I afronta el problema de la unidad. Cree que desde antiguo «Europa adivinó su vocación de unidad». Como toda unidad fruto de los esfuerzos del hombre ha sido una conquista laboriosa. Hay dos peligros que amenazan estos procesos donde la libertad juega siempre con su destino. Por un lado está la tentación de la uniformidad niveladora, que suprime todas las diferencias, sobre todo las internas, de pensar y de sentir. Por otro lado está el riesgo de yuxtaponer lo diverso, de nombrar desde un solo nombre realidades muy diferentes, de quedarse en el mero pluralismo. Europa ha conocido y experimenta todavía ambos riesgos. Pasó de la unidad muy estrecha y uniforme al pluralismo de las naciones. Cada una de éstas recorrió su propio camino y se volvió al proceso de unidad «para después formar una realidad más rica, más diversa y más fecunda». El rey reconoce que ha habido grandes errores en la búsqueda de la unidad europea cuando se ha querido alcanzar por la fuerza de las armas, desde la hegemonía de un solo pueblo que se impone a los demás. La historia nos habla de los fracasos rotundos en

este camino. Sólo después de los descabros que ha padecido en el siglo presente, Europa parece querer entrar en la vía política del consenso y la concertación. Estamos en el momento en que «Europa decide buscar finalmente la unidad en la diversidad. Unidad que se fundamentará en el entendimiento profundo entre sus pueblos. Unidad como expresión de la voluntad de vivir en común, en paz y en libertad y no sólo de un acuerdo entre gobernantes. Y en esa perspectiva es donde se vislumbra lo decisivo para la unidad, lo que se puede llamar el *alma de Europa*». La unidad brota de lo interior, viene de la forma, del alma,

Juan Pablo II trata de comprender el latido del alma europea en nuestro tiempo, de percibir su presencia más allá de las apariencias disolventes. «Y, todavía en nuestros días, el *alma de Europa* permanece unida porque, además de su origen común, tiene idénticos valores cristianos y humanos, como los de la dignidad de la persona humana, del profundo sentimiento de justicia y libertad, de laboriosidad, de espíritu de iniciativa, de amor a la familia, de respeto a la vida, de tolerancia y deseo de cooperación y de paz, que son notas que la caracterizan». El alma de Europa está vivificando todos estos valores. Los ha hecho posibles y los mantiene.

Juan Carlos I asiente a este modo de comprender el alma de Europa como elemento vivificador y unitario, desde la conquista de los grandes valores humanos. «Todo ello animado, además, por el deseo de mantener a Europa como baluarte de la libertad, de la democracia y del respeto a los derechos humanos». El alma de Europa deberá realizar en todo momento las dos funciones que Tomás de Aquino le asignaba al alma del hombre: la función animadora de todos los elementos corpóreos y materiales y la función espiritual de trascender cualquier situación concreta y alcanzar valores absolutos desde los cuales se da sentido al hombre. El alma de Europa puede penetrar más a fondo y dar vigor de juventud, o puede quedar sin vigor de compenetración, como en la enfermedad y en la vejez, y hasta puede ausentarse como en la muerte. Splenget y toda una pléyade de escritores anunciaron tiempo atrás la decadencia y aun la muerte de Euro-

pa. La hora del nihilismo, profetizada por Nietzsche, coincide con la hora de la muerte de los valores que han dado vida a la realidad europea. El alma de Europa se encarna en los valores espirituales de los que ha vivido y que ha sabido transmitir.

4. Europa en crisis.

El riesgo de perder la unidad y disolverse es una constante amenaza del ser vivo. Es su riesgo. La crisis es su signo. Europa se encuentra en crisis en la hora actual. Es una crisis ambivalente. Por un lado ofrece síntomas de crecimiento, por otro de decadencia. Juan Pablo II, atento observador de todo lo humano, advierte los síntomas de la crisis. Y lo proclama con valentía. «No puedo silenciar el estado de crisis en que se encuentra (Europa) al asomarse al tercer milenio de la Era Cristiana». Tiene que clamar con la voz de la conciencia porque se trata de una crisis de fundamentos. La crisis afecta desde la raíz a todos los estratos. Se puede observar en lo civil y en lo religioso. En el plano civil la manifestación más palpable y doliente es la fractura que sufre, la división impuesta por la fuerza, la escisión de Europa en dos mitades. Ha sido el fruto de factores culturales, de ideologías secularizadas, de la negación de Dios, del predominio del factor económico, del nihilismo. Muchas cosas han venido a través de esos caminos y todas con el sello de lo negativo; el hedonismo en voga, la ceguera para los valores superiores, la violencia desatada en terrorismo. Europa, por ese camino, se disgrega y agoniza. Tal es ahora el drama visible de Europa, con un muro de división, con pueblos que fueron hermanos y están enfrentados con una constante amenaza de destrucción mutua. Hay una espada amenazadora sobre Europa. La crisis está dando sus frutos.

Y junto a esta crisis cultural y civil o política, tenemos la crisis religiosa. En la dimensión religiosa manifiesta el hombre su auténtico rostro. La crisis religiosa ha sido decisiva en la hora de hacer y deshacer Europa. Lo es también en la actualidad. Pero

esta crisis tiene hoy algo singular de lo que ha carecido en el pasado. Hasta ahora las crisis eran crisis de los modos diferentes de vivir la religión y la fe. Eran crisis basadas en el mismo valor supuesto de la religión. Por el contrario, la crisis religiosa en la Europa actual es una crisis de falta de fe, de religión languideciendo. Se da en nuestros días una «defección de bautizados y creyentes de las razones profundas de la fe y del vigor doctrinal y moral de esa visión cristiana de la vida que garantiza equilibrio a las personas y a la comunidad». Esta crisis es signo de algo más profundo que lo que acontece en la vida civil. Nietzsche profetizaba para Europa una hora oscura con el advenimiento del nihilismo, con la «muerte de Dios». Para muchos esa hora oscura ha invadido Europa.

Juan Carlos I advierte la crisis en «la serie de desafíos a los que tenemos que hacer frente». Están ahí como retos, y nos piden una respuesta. Tenemos que hacerles frente con contravalores y con una nueva realidad. Pero en muchas ocasiones el hombre actual se siente impotente para ello. El rey enumera algunos de ellos: el desempleo, que afecta sobre todo a los jóvenes; la necesidad de la creatividad tecnológica, que sólo está en las manos de los países más fuertes; las excesivas diferencias regionales, generadoras de desequilibrios internos; la degradación del medio ambiente; las frecuentes dilapidaciones del patrimonio cultural que ha heredado Europa; la adecuada promoción de los derechos del hombre; la seguridad pacífica de los ciudadanos. «Cuando el fantasma del conflicto ha dejado de interponerse entre nuestros pueblos, Europa sufre una división como quizá no haya conocido antes en su historia, y se ha convertido en un escenario potencial de enfrentamientos dentro de un mundo bipolar que evoluciona rápidamente, de la era atómica a la era espacial, y en la que la seguridad necesita la cooperación, porque ni siquiera una hipotética superioridad asegura la propia supervivencia».

La crisis es, por tanto, real, profunda. Está a las puertas,

está dentro, como un signo que delata la marcha de un proceso de unidad no conseguido, y que puede perderse fatalmente.

5. La respuesta al reto.

Europa, en el momento presente, tiene posibilidades de dar una acertada respuesta a los problemas que tiene planteados. Europa puede superar la crisis y encontrar de nuevo su camino. Tal es la convicción del Papa y del Rey. Hay signos actuales que hacen patente esta posibilidad y son síntomas de esperanza.

Juan Pablo II confía en esta posibilidad de superación. Europa cuenta en el momento actual con suficientes recursos para volver a ser ella misma, como en el pasado, y alcanzar su propia estatura, no menor a la de las grandes regiones y continentes que hoy rigen los destinos del mundo. La posibilidad se encuentra como semilla en la fuerza de los principios que le sirven de base para la forja de su estructura interna. Al Papa le basta recordar, como prueba, tres documentos que son norma de la vida europea actual: la Declaración Universal de los Derechos del Hombre, de 1948; la Convención Europea, de 1952, y el Acta Final de la Conferencia Europa de Helsinki, de 1975. Hay en esos documentos una base sólida para realizar la auténtica comunidad de pueblos y culturas, la anhelada comunidad europea, de la que ningún pueblo que la forma se tenga que considerar ausente. En estos principios no está todo. Hay que rescatar la fuerza del factor religioso para la construcción de la Europa del futuro. Juan Pablo II pide a Europa, como base, «el debido conocimiento y respeto a Dios, en el que se basa todo derecho y toda justicia». Y porque Europa ha sido cristiana en los mejores momentos de su historia, hoy debe dejarse evangelizar. «Si Europa abre nuevamente las puertas a Cristo, y no tiene miedo de abrir a su poder salvífico los confines de los Estados, los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo», entonces encontrará la posibilidad de responder, desde los fundamentos, a cuantos problemas

y retos tiene hoy planteados. La superación de la crisis depende en buena parte de la libertad del hombre. Es ésta la que se debe plegar a las exigencias de la acción de Dios providente que desde Jesucristo rige los destinos de la historia del hombre. La posibilidad de superación de la crisis lleva consigo exigencias de compromiso y de opción por los valores que están amenazados en la crisis misma y son constitutivos de Europa.

Juan Carlos I se muestra optimista para entrever la superación de la crisis desde la unidad de todos y la cooperación conjunta de los pueblos. «Por separado nada podremos hacer frente a estos desafíos. Sólo una Europa unida y solidaria será plenamente capaz de ello y podrá decidir su propio futuro o influir en el curso de la historia de la humanidad». Las pequeñas fuerzas separadas se anulan, unidas se crecen. La unidad hace la fuerza. Todo reino dividido está llamado a la ruina. Todo eso que ha pasado a proverbios de humanidad y a sentencias de evangelio indica el camino de la superación de la crisis actual. La posibilidad de respuesta queda así condicionada a ciertas opciones fundamentales. Son muchos los que se interrogan si en la hora actual Europa está en condiciones para pasar del estado de posibilidad al de la realización. El salto es grande y comprometido.

6. Invitación a Europa.

El hombre actúa en la medida en que se siente motivado. Hay muchas energías latentes en el alma de cada uno que no van a resurgir si alguien o uno mismo no las despierta y aviva.

Por eso, Juan Pablo II, con el espíritu polaco que late en su alma, imitando a los grandes constructores de Europa, a San Bernardo, que convocaba a los pueblos a la gran cruzada, o a San Vicente Ferrer, que sacudía la Europa dormida anunciando el juicio de Dios inminente, levanta su voz y trata de despertar a Europa para que vuelva a realizar como en el pasado la misión que tiene en el mundo. Su voz se torna profética, voz de con-

ciencia que amonesta y empuja a la acción, a la opción, al retorno y a la fe de los mayores. Conviene oírlo. «Por esto yo, Juan Pablo, hijo de la nación polaca..., sucesor de Pedro..., cuya sede quiso Cristo colocar en Europa y que ama por su esfuerzo en la difusión del cristianismo en todo el mundo, Yo, Obispo de Roma y pastor de la Iglesia universal, te lanzo, vieja Europa, un grito de amor: *Vuelve a encontrarte. Sé tú misma. Descubre tus orígenes. Aviva tus raíces.* Revive aquellos valores auténticos que hicieron gloriosa tu historia y benéfica tu presencia en los demás continentes. Reconstruye tu unidad espiritual en un clima de pleno respeto a las otras religiones y a las genuinas libertades. Da al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. No te enorgullezcas... No te deprimas... Tú puedes ser todavía faro y estímulo a los demás continentes que te miran y esperan...». Esta invitación vibrante es una invitación a la esperanza y al futuro. La Europa del futuro sólo es posible desde la asunción de la propia identidad en el pasado. Europa es una construcción que pide la presencia del espíritu y de los valores que forman su horizonte. El Papa invita a cada uno de los pueblos y a cada uno de los hombres a este necesario retorno para caminar hacia el mañana.

Por su parte, Juan Carlos I se ocupa de los caminos concretos para esta cooperación actual, forjadora de futuro. Algunas cosas son ya posibles en nuestros días, y lo son con la cooperación de todos los europeos: la unión económica y monetaria, la realización de un espacio interior sin fronteras, la promoción de la libertad y los derechos humanos, la lucha contra el terrorismo y la instalación del diálogo contra la violencia, la acogida de todos los países que han formado parte de Europa. Es necesaria la intercomunicación. El rey mira la Europa del futuro desde la perspectiva española y aboga por la instalación de relaciones con todos los países que nos pueden ayudar en esta empresa de unidad y pacificación. Los países del área mediterránea y el continente americano tienen lazos con Europa y, por ello, hay que tenderles una mano amiga. «Al ser la sociedad internacional cada vez más interdependiente y Europa sinónimo de universal-

dad, sería suicida practicar una política egoísta hacia el resto de los países del mundo. La necesaria solidaridad entre nuestros pueblos ha de ampliarse respecto de un tercer mundo que nos mira con angustia y esperanza». El rey invita a la cooperación en la tarea común. Europa es de ayer y es de hoy, como lo debe ser de mañana. Lleva sobre los hombros todo el legado de la historia y debe afrontar el peso de un futuro en servicio del hombre. Europa está invitada a ser la región abierta a la causa universal del hombre.

7. La tarea de edificar Europa.

Si todos tienen algo que aportar en esta empresa común, la voz del Papa se alza para recordar lo que la Iglesia y el cristianismo han hecho en el pasado y pueden ofrecer en el futuro. Pone su acento en la aportación de valores espirituales. «La Iglesia es, además, consciente del lugar que le corresponde en la renovación espiritual y humana de Europa. Sin reivindicar ciertas posiciones que ocupó en el pasado y que la época actual ve como totalmente superadas, la misma Iglesia se pone totalmente al servicio, como Santa Sede y como comunidad católica, para contribuir a la consecución de aquellos fines que procuren un auténtico bienestar material, cultural y espiritual a las naciones... Por ello, también, a nivel diplomático, está presente por medio de sus observadores en los diversos organismos comunitarios, no políticos; por la misma razón mantiene relaciones diplomáticas, lo más extensas posibles, con los Estados... Pero es la vida eclesial la que es llamada principalmente en causa, con el fin de continuar dando un testimonio de servicio y amor para contribuir a la superación de las actuales crisis del continente». Este servicio de presencia lleva a hombres de la Iglesia a los grandes foros europeos. Su voz, en ellos, no tiene el peso del poder político, sino el del saber iluminado por la luz del Evangelio y la fuerza de un testimonio de entrega a la causa del bien común. La Iglesia trata de prestar un servicio desinteresado por la causa de

Europa en aquellos lugares donde este futuro se está fraguando en el presente.

Juan Carlos I, hablando en calidad de rey y en nombre de España, se creía en el deber de afirmar ante el parlamento europeo el compromiso del pueblo español en la edificación conjunta de Europa, recordando los servicios que pudo prestar a esta causa en otro tiempo. «Cada uno desde su parcela de responsabilidad, tiene que aportar su esfuerzo, y yo quiero reafirmar solemnemente el compromiso de España en la realización de ese futuro de unidad, porque nadie tiene derecho a dilapidar la herencia recibida... España se ha sentido parte de Europa y si Europa es pluralismo y universalidad, cabe afirmar que la aportación de España al fondo común reviste una importancia específica». Porque en el pasado fue un valioso eslabón cultural, decisivo para la gestación de Europa, como lazo de unidad entre sus pueblos y el oriente, más culto en aquellos días. España se prolongó vitalmente más allá del océano, desde que descubrió América y la configuró a su imagen. Ahora se ha incorporado al proceso de la democracia moderna y quiere estar comprometida en la construcción de la Europa del futuro. «De esta forma, el pueblo español, con vocación universal, dueño de su propio destino, desde el pluralismo y el respeto a los derechos humanos, ha regresado al lugar del que su ser y sentir nunca se apartaron... Y como rey de España afirmo la decisión del pueblo español de seguir por el camino del afán y del esfuerzo, así como la de exigirnos cada vez más a nosotros mismos... En el largo proceso de construcción de la unidad europea, España quiere avanzar tan lejos como sea factible. España se ha integrado a la empresa comunitaria de la construcción europea. El futuro será nuestro si tenemos fe en la unidad, si trabajamos con humildad y perseverancia, si colaboramos con generosidad y alteza de miras. Este es nuestro mayor empeño y a él les convoco». La voz del rey era, en estas expresiones, la voz del pueblo, la voz sincera de una conciencia europea ya en marcha.

Juan Pablo II, consciente de lo grande de esta tarea de construir, de edificar, de volver a fundar Europa, concluía su discurso

so invocando la ayuda del cielo. «La ayuda de Dios está con nosotros. La oración de todos los creyentes nos acompaña. La buena voluntad de muchas personas desconocidas, artífices de paz y de progreso está presente en medio de nosotros como una garantía de que este mensaje, dirigido a los pueblos de Europa va a calar en terreno fértil».

La coincidencia de puntos de vista entre el Papa y el Rey respecto a Europa es sorprendente. No es preciso recurrir para su explicación a ninguna dependencia mutua. Basta pensar en los motivos de esta profunda convicción que les lleva a hablar en nombre de un pueblo y de la Iglesia. Ello hace que tengan alteza de miras y un gran anhelo del bien de los pueblos. Las coincidencias podían extenderse a otros muchos pensadores en torno a la Europa que se forja en la actualidad. Pero aquí ya no es preciso. Buscábamos sólo expresiones límpidas de la voz de la conciencia de Europa en este momento y las hemos encontrado a placer. No nos resta sino deducir una conclusión que trata de aplicar a la realidad en proceso esta punzante voz de la conciencia europea de hoy.

Tal es la conciencia, tal es su voz. La conciencia atiende a la realidad presente, pero es capaz de escrutarla, de llegar al fondo, de conocer sus raíces, de anticipar su desarrollo. Es débil aún la realidad europea. No es difícil percatarse de su fragilidad. Cualquier sacudida la pone en peligro. Nos lleva el ritmo de crecimiento de los organismos vigorosos. Pero en medio de estos síntomas de sus primeros pasos vacilantes se percibe ya su vocación y su destino. Y es aquí donde interviene la voz de la conciencia como elemento valioso. Si la conciencia se extiende y se hace colectiva, si logra resonar en la voz de muchos individuos y las diferentes naciones, por más que sea aún frágil en la realidad presente, Europa tendrá el futuro que necesita. El ser y sentirse europeo hace posible la voz de la conciencia europea. Al escuchar esa voz en los discursos que hemos analizado, advertimos que esta conciencia no se limita al momento presente. Es una conciencia de horizonte. Tiene la misión de extender su radio de alcance. Crece hacia atrás y hacia adelante en la misma

medida en que es una voz oída y escuchada. Cuando se extiende hacia el pasado y asume el fruto de la memoria histórica se torna *conciencia evocadora*. Cuando tiende hacia adelante y se une a la utopía concreta y al proyecto, que son dimensiones de todo lo humano, se torna *conciencia anticipadora*. Y en ambos momentos, por su vinculación al ser y su llamada a la trascendencia, es una conciencia que trata de dar fundamentos a la realidad en marcha. Cuando vuelve sus ojos al pasado encuentra esos fundamentos y raíces en el alma de la tradición. Cuando se hace creativa y trata de superar todas las etapas anteriores, por insuficientes, topa con el gran fundamento de todo lo humano, con el hombre mismo como medida y canon de la realidad creada por él.

La conciencia evocadora del pasado de Europa nos hace ver mejor, hoy, los rasgos constitutivos, por los cuales se forma y desde los cuales se diferencia de todo lo demás. Hay un substrato geográfico. Sin espacio no hay continentes ni regiones. El espacio es integrante de la cuarta dimensión de todo lo humano. Pero ese espacio es condición imprecisa. Europa viene de Asia, como decía Hesíodo, y para los griegos designa una región al norte del Egeo. Desde ese núcleo fue creciendo hasta lograr los confines actuales, tampoco muy definidos por ese reparto de rapiña que se hizo en Yalta. Tampoco es consistente en el pasado de un modo bien definido la unidad política. Ni con Carlomagno, ni con el sacro imperio, ni con Carlos V logra esa anhelada unidad. En cambio, la conciencia advierte con cierta nitidez el hilo conductor de Europa, como región cultural, como constelación de valores que logran coherencia y dan sentido a estos pueblos que se van apiñando al norte del Egeo. En los pensadores del siglo xx ha sido grande el interés por descifrar el sentido de occidente, el destino de Europa. La conciencia se hizo histórica, a partir de Hegel, y al hombre le nació este nuevo ojo para ver la realidad, el ojo de la historia, que diría Ortega, más agudo y penetrante en lo interior de la libertad humana que el ojo de la naturaleza. Este nuevo modo de ver encajaba muy bien con la visión del destino humano desde la revelación, en el cual se pre-

senta como proceso de historia de salvación. La historia pertenece a los pueblos. El es fruto del ejercicio de la libertad colectiva, desde las posibilidades que le ofrece una tradición vivida. Se han multiplicado los ensayos y las teorías en torno a Europa y al Occidente. Es una realidad muy compleja y por ello difícil de apresar. Pero cuando la conciencia escruta a fondo este pasado y hace memoria de lo persistente en medio de las fluctuaciones de la libertad humana, encuentra aquello que emerge consolidado por el paso del tiempo. Europa se presenta a esta conciencia como un mundo de valores espirituales, procedentes de la aportación de pueblos y culturas diversas. En la medida en que han sido asimiladas, Europa se ha edificado con solidez. Quizá baste enumerar *cuatro pilares* de mayor consistencia; herencia cultural abierta a ser consolidada con nuevas aportaciones: el *logos* griego, el *jus* romano, la religiosidad *cristiana*, la *ciencia y técnica* modernas. Todos estos elementos han surgido en este continente o se han desarrollado de un modo muy peculiar. Desde aquí han irradiado a todo el mundo y han dado configuración al mundo de la hora actual que trata de apropiárselos. Podíamos glosar cada uno de ellos, pero nos llevaría muy lejos. Cada uno de los elementos, en medio de su complejidad, ofrece un rostro accesible y están al alcance de todos. Desde Hesfodo, en el siglo VIII antes de Cristo, el *logos* hace su aparición y se introduce en la cultura como elemento clarificador de la realidad, como distinto del *mito*. Heráclito invitará al hombre a ser *oyente del logos*. La cultura griega es un afín de conquista del *logos* que hay hoy en la realidad. Europa lo ha heredado, y por ello su mundo se ha diferenciado de Asia. Con el *logos*, que tiende a la razón, los griegos descubrieron, en la dimensión política de la convivencia, la *libertad* como base de la vida civil. Los mensajeros griegos podían presentarse ante el omnipotente Darío, que personificaba para ellos el mundo asiático y decirle que era un déspota ignorante del valor de la libertad para la vida humana. Pero la libertad profunda para el hombre no podía nacer en Grecia, ni en su cultura cerrada al espíritu. Se fue desarrollando de modo nuevo con la *humanitas romana*, con el *jus* como fundamento de la vida de los

pueblos. Roma fue norma de convivencia en libertad. Los bárbaros derrotaron el imperio romano, vacío de valores trascendentes, pero trataron de rehacerlo desde sus ruinas y con sus mismas normas. La libertad adquiere sentido con el *cristianismo*. Porque sólo con Jesucristo el hombre cobra sentido, desvela su misterio ante Dios, sabe que es hermano del hombre, que tiene dignidad de persona, que es hijo de Dios. El cristianismo fue fermento purificador en Europa. Hizo labor de inculturación. La fe vivida en este continente le dio su medida en la Edad Media. Y fruto de todo esto fue la *ciencia moderna*, que tiene sus primeras manifestaciones cuando el hombre llega a la edad adulta y hace del saber un poder. Es entonces cuando Europa, frente a todo el orbe, cobra conciencia de sí misma, y se hace dominadora del orbe porque sus fundamentos se extienden a todos los pueblos, al menos como modelo. La memoria evocadora de Europa nos lleva así a *las raíces* de un pasado, fruto de simbiosis de cultura y de pueblos. La esencia de Europa tiene que contar con estos elementos.

La *conciencia anticipadora*, la que nos proyecta en fuga hacia adelante, la del *ya pero todavía no* actúa de otro modo. Es por su misma condición creativa. Necesita descubrir posibilidades, inventar lo nuevo. Este es el reto permanente de la libertad y de la vida en todos sus niveles. O crece o muere. El pasado como tal no admite repetición. Pero lo definitivo como tal es palabra absoluta y no puede ni debe ser preterido. Ahí está lo difícil de toda empresa creadora. Ser capaz de asumir el propio pasado no para repetirlo sino para recrearlo, darle vida, hacerlo fecundo en el futuro. Lo que han hecho los otros es estímulo y es una cierta conquista de la verdad. Lo que podemos hacer nosotros es quehacer ineludible. La Europa del presente se debate entre nostalgias del pasado, que fueron vivas en diversos países en décadas anteriores de este siglo, y proyectos utópicos, sin el peso de tradición, con el solo impulso de la revolución, capaz de destruir pero no de edificar. Europa tiene que encontrar su camino de futuro por encima y más allá de esas visiones erradas. Mirando al fondo de su historia pasada, la conciencia anticipadora descubre el proyecto posible, en la medida en que descubre la raíz de

la que ha brotado. A diferencia de otros continentes y culturas que se han basado en la naturaleza o en la geografía, Europa ha tomado su medida del hombre. Se convirtió en patria de la humanidad. La frase del sofista Protágoras, que es falsa en absoluto, tiene su verdad, relativa a Europa: el *hombre-medida* de la realidad cultural, política, económica. Europa ha buceado en lo humano. Se ha excedido al tomarlo como medida absoluta, porque es un ser relativo, pero ha acertado al valorarlo como persona y como centro de toda la realidad creada. El hombre vale más que las cosas. Todo lo cósmico debe estar ordenado al bien del hombre. El hombre es la única creatura que Dios quiso por sí mismo. Por ello es canon y medida. Y puede ser norma de edificación de un futuro mejor. Europa, como patria de valores culturales y humanos, tiene como medida el hombre. La conciencia anticipadora, mientras trata de edificar en esta región del orbe la llamada ciudad terrena, encuentra un eje bien firme en el hombre. En el momento presente la conciencia gira en torno a tres ideas radicales, desde las cuales la creatividad tiene que desarrollarse en la praxis renovadora: la idea del *hombre integral*, la realización de los *derechos humanos*, la conquista de la *liberación* y la *libertad* como horizonte para todo lo humano. Son también ideas nucleares. En torno a ellas se puede edificar el futuro europeo. El *pensamiento integral* fue una intuición genial del pensador cristiano Jacques Maritain hace ahora sólo 50 años. Se trata de no mutilar nada de lo humano, de comenzar con la dignidad del hombre, con el ser personal como fundamento de toda sociedad y sentir que ésta se pone al servicio de la persona para su promoción total. Nuestro tiempo tiene ceguera para los valores superiores. No alcanzan a ver la trascendencia, olvida a Dios, se encierra en lo inmanente. La crisis del momento presente sólo tiene solución desde una visión real e integradora. La conquista por los derechos humanos ya está en marcha como proceso incontenible, propiciado por la democracia. El futuro tiene que ser realidad lo que aún es letra apenas legible. Y la liberación y la libertad son las grandes exigencias europeas y mundiales, es el grito de la conciencia moderna, que responde a la esencia del hombre.

ABELARDO LOBATO, O. P.

En cada una de estas dimensiones topamos con el misterio del hombre. Y éste sólo tiene solución desde Jesucristo. Por ello, la Europa del futuro tiene que volver a ser cristiana, para ser en verdad Europa. Tal es, creemos, la voz y el grito de la conciencia europea.